



TEMA 5. El diablo, enemigo de la natura humana (II)

EL DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

A la acción ordinaria del diablo que es la Tentación (la más común e insidiosa), habría que añadir otras dos: el **engaño** y la **inquietud (desasosiego)**.

Nos ataca, en un primer momento, con estas tres 'D': Desgana, Desaliento y Desconfianza. Si nos gana en esto, sigue con otras tres 'D' más peligrosas: Desolación, Desesperanza, hasta llevarnos, si puede a la Desesperación.

San Ignacio de Loyola es un gran maestro del discernimiento de espíritus, y un experto conocedor del corazón humano. Si queremos acertar con la verdad, si queremos hacer la voluntad de Dios en todo y siempre, tenemos que discernir adecuadamente para dar con el camino verdadero, y conocer las astucias y engaños del enemigo.

Este Santo ha desarrollado todo un tratado a fin de poder conocer cuándo nos habla Dios y cuándo el Diablo, de manera que evitando engaños, sepamos "discernir" los pensamientos que nos vienen del buen espíritu y los que nos vienen del malo. Son unas reglas sencillas y profundas nos guía con maestría por este camino para poder diferenciar la voz de Dios de los engaños "serpentinicos" del Diablo.

Hoy los engaños son más frecuentes porque tropezamos con la gran dificultad de que se ha perdido en gran medida la conciencia de pecado. Si no hay mal moral, si no ofendo a Dios con mi conducta, ¿qué tengo que discernir? ¿Para qué voy a esforzarme en hacer algo que me cuesta, o evitar una acción determinada? El hombre queda desarmado, sin motivos para luchar, y entonces cede a todas las tentaciones. En realidad, ya no son tentaciones, sino sólo posibilidades que nos ofrece la naturaleza, a las que yo puedo responder libremente, de acuerdo con mis gustos o caprichos. Cristo clavado en la cruz ya no ejerce sobre mí una energía salvadora, pues se ha perdido el concepto de responsabilidad. Ya no entiendo que mis pecados son causa de la muerte del Señor.

La vida de los santos, y aún más la de los mártires son una prueba evidente de que existe el mal, y de que hay que luchar contra él para agradar a Dios. Ellos nos gritan que debemos estar dispuestos a sacrificar todo, incluso la propia vida, para evitar el pecado.

Un ejemplo es María Goretti, jovencita italiana, que a los 12 años fue mártir de la virtud de la pureza, por no querer ceder a las pretensiones impuras de un vecino suyo. Alejandro era el joven que quiso violentarla. Ella le decía: "¡No, Alejandro, no; eso es pecado, Dios no lo quiere!" Alejandro terminó clavándole un cuchillo repetidas veces en su cuerpo frágil, hasta causarle la muerte. La niña prefirió morir antes que cometer un pecado de impureza.

ALGUNAS CERTEZAS SOBRE EL DEMONIO

1ª. El demonio existe. Nuestra sociedad materialista no cree en los espíritus, aunque curiosamente vivimos una época en la que crecen las supersticiones y supercherías, las creencias banales y los amuletos... Y crece también, asombrosamente, las sectas satánicas.

El demonio engaña a todos, incluso creyentes, y el primer engaño es negar su existencia. o sin llegar a negarla intenta hacernos creer que los pensamientos que tenemos son nuestros y no de él, cuando nos está tentando.

Ya hemos dicho que la existencia del demonio es una de las verdades más repetidas en la Sagrada Escritura.

Espíritu puro. Tiene entrada en nuestra imaginación. "Como león rugiente ronda buscando a quien devorar..."

Se le llama calumniador, tentador, maligno, Belcebú... Tan de fe es que el objetivo de la Encarnación es destruir sus obras: "Para esto apareció el Hijo del Hombre, para destruir las obras del diablo" (1 Jn 3,8). Es "mentiroso y padre de la mentira" (Jn 1, 4). Para mejor engañar se transfigura en ángel de luz (1 Cor 1, 14). "El demonio es un ser vivo, no algo imaginario, espiritual, pervertido y pervertidor, enemigo oculto que siembra errores e infortunios, insidiador sofisticado del equilibrio humano, pérfido y astuto encantador, tentador por excelencia, nos engaña con alevosa astucia" (San Pablo VI).

**2ª. Pero está empeñado en hacerme creer que no existe.**

"Muy pocas personas creen en el diablo en estos días, lo cual va muy

para los propósitos de Satán. Siempre contribuye a hacer circular las noticias de su propia muerte. La esencia de Dios es la existencia, y Él mismo se define como: "Yo soy el que soy". La esencia del diablo es la mentira, y se define a sí mismo como: "Yo soy el que no soy". Satán se preocupa muy poco de los que no creen en él, pues esos están ya es su lado (Fulton J. Sheen. Vida de Cristo 62).

Y sin embargo es muy importante, si queremos vivir bien, saber que tenemos un enemigo, que es un ser viviente, poderoso, inteligente, embaucador y, sobre todo, silencioso y ocultadizo.

3ª. Se suele presentar **con careta de ángel bueno**. Cuando sabe que el alma no cederá ante una tentación clara de pecado, la tienta con razones aparentes de bien ("hay que adaptarse a los tiempos", "hay que ser prudentes" "no hay que ser exagerados"... O bien inclina al alma a dedicarse desmesuradamente al apostolado, o a hacer oración, pero olvidando los deberes de estado, etc.) o inquietándola con escrúpulos. La desobediencia y la inquietud son claras señales de engaño; la obediencia y la paz, lo son de acierto. Meditar en el principio, medio y fin de mis acciones.

Por tanto, no solo se **oculta**, además se **disfraza**, lo cual es más peligroso. Se presenta con cara amable, como *Ángel de Luz*. Sirviéndose de sus grandes dotes de seducción, se hace pasar por lo contrario de lo que es. ¡Es el "Príncipe de la Mentira"!

4ª. Ataca por el punto más débil. Que suele ser mi defecto dominante (pereza, envidia, sensualidad, amor propio, sentimentalismo, etc.) Para vencerlo hay que conocerse bien (reflexión) y emplear fuerte dosis de ascesis en ese campo.

5ª. Ataca poco a poco, sutilmente, de manera casi imperceptible, no quiere nos demos cuenta. Igual que no se hace de noche de repente.

Por eso debemos reaccionar inmediatamente, en cuanto notemos los primeros síntomas de su acción. La mejor táctica es HUIR de la tentación. Esta huida puede ser física (por ejemplo, marchándose del lugar donde se percibe la tentación), o imaginativa (alejando el pensamiento del peligro espiritual, pensando en otra cosa, desviando la atención, dejándose captar el corazón por una actividad u ocupación, etc.) Pero siempre es esencial reaccionar de inmediato, cuando las potencias espirituales aún no se han involucrado en profundidad.

Es como el esquiador al deslizarse por la pista, podrá frenar al principio. Pero cuando ya se lanza, es imposible, por la velocidad y lo empinado de la pista. El Enemigo intentará siempre llevarnos a ese punto crítico donde ya no se puede dar vuelta atrás.

6ª. Se envalentona si me acobardo y se acobarda si le planto cara. El Diablo es cobarde y temeroso de la derrota, aunque aparente lo contrario. Decía santa Teresa: *“el demonio tiene gran miedo de almas animosas”, pero “a quien ve que no está firme en el bien, no le dejará ni a sol ni a sombra: miedos el pondrá e inconvenientes que nunca acabe”.*

La indecisión, el eterno deliberar y darse razones para no determinarse a renunciar al mal, es fuente de frustración. Tal indecisión (en el fondo es cobardía) la aprovecha el demonio para crecerse. Nunca debemos dialogar con el demonio.

“Páreceme tan cobardes que, en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios para más bien de sus siervos que los tienten y atormenten. Plugüese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer y entendiésemos nos puede venir mayor daño con un pecado de venial que de todo el infierno junto, pues es ello así” (Santa Teresa, Vida, 25, 20)

Y comenta san Ignacio: *“Dado que en la desolación (tentación) no debemos mudar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es instar (insistir) más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia”* (6ª regla, 1ª semana). Es el *agere contra ignaciano*, “hacer lo diametralmente opuesto”. Hacer lo contrario de lo que el enemigo te sugiere. Esto significa “mudarse” contra la tentación.

Por ejemplo, si me siento inclinado a dejar la oración un día, debo no sólo no dejarla, sino procura alargar un poco el tiempo que le dedicas. Si siento pereza para el trabajo o el estudio, lucharé para hacerlo con más energía y prolonga algo el tiempo que le debes dedicar. Si alguna persona no me resulta simpática, procuro sonreírle más y tratarla con mayor afecto. Si siento tendencia a comer más de lo necesario, o sólo alimentos que te agradan, mortifícate en la comida y haz ayuno de vez en cuando. Si, en general, noto el tirón del placer sensual, de la pereza, del egoísmo,... mortificaré mi cuerpo con renunciaciones o penitencias. Sólo de esta manera, no sólo se vence al Enemigo, sino que se le derrota (hasta que vuelva otra vez).

7ª. Está empeñado en que me quede solo. “Se hace como vano enamorado” (EE 326).

Lo que el demonio quiere, cuando está tentando a un alma es que se quede sola, que no se comunique con quien debe hacerlo, o que lo haga con quien no debe. Es fundamental la dirección espiritual.

“Cuando el Enemigo de la naturaleza humana trae sus astucias y malos pensamientos al alma justa, quiere y desea que sean recibidos y tenidos en secreto” (S. Ignacio). No sólo quiere entrar a escondidas en el alma, sin ser conocido, sino que, una vez dentro, trata de que la persona no diga nada. Es la astuta táctica del diablo: el ocultamiento, el disimulo, el engaño, la cerrazón interior. Todo lo contrario a la confianza, apertura y sencillez que caracteriza a la vida evangélica.

Por eso es tan importante expresar nuestro estado de ánimo a alguna persona con experiencia de luchas y victorias espirituales. Esto requiere humildad y transparencia.

Por otro lado, es natural que pidamos ayuda. Nadie puede curarse a sí mismo. Todo el mundo ve natural ir al médico y contarle nuestros síntomas. Muchas veces, una simple palabra del médico o un gesto de comprensión serán suficientes para aliviarnos. Otras veces será necesaria medicación o incluso

intervención quirúrgica. Es la tarea del “guía espiritual”, pero también del grupo apostólico o grupo de vida espiritual.

Nuestra vida es un combate contra las fuerzas del mal. ¿Qué pensaríamos de alguien que quisiera ganar una guerra luchando por su cuenta? Más insensatos aún seríamos si quisiéramos ser santos y trabajar por la Iglesia individualmente. Detrás de estos pensamientos hay siempre ingenuidad, mucha comodidad y una buena cantidad de orgullo.

8ª. Sigue una táctica alternante. Según esté en un estado de ánimo u otro: perezoso o inclinado al mal, o eufórico y fervoroso. En este caso suele tener inclinación a escrúpulos para angustiar al alma.

9ª. No hacer mudanza en tiempo de desolación. Como el diablo está empeñado en que “me tire del tren en pleno túnel” (P. Morales), debo de permanecer firme sin cambiar de decisión hasta que esté en paz. El demonio tienta para que tome decisiones de abandono cuando estoy “en baja”. Por ejemplo, te propone dejar la vocación, o el grupo apostólico, o romper con el matrimonio o con una amistad, con el trabajo..., incluso con Dios. El gran remedio que propone san Ignacio es dejar la toma de decisiones para cuando esté sereno, esperar.

10ª. Soy invencible con la Virgen. La Inmaculada nunca fue tocada por el demonio. Si la amo filialmente y acudo a ella en las tentaciones, salgo siempre victorioso. La enemistad “entre ti y la mujer” (Gn 3,15), es decir, entre el Diablo y la Virgen María, Madre de Jesús, dura para siempre. Ella no deja de aplastar la cabeza de Satanás. María es la gran vencedora del Enemigo. Una y otra vez le derrota, y contagia su fuerza y sencillez a cuantos se le acercan y le piden ayuda maternal.

ARMAS ESPIRITUALES CONTRA EL DEMONIO

El demonio, dijo San Agustín, es como un perro atado, sólo muerde al que se le acerca. Las mejores armas para defendernos de él son: la **oración** (en el Padrenuestro pedimos protección contra él), la **Eucaristía**, la **Confesión**, la devoción a la **Virgen María**. Ayuda también mucho llevar siempre un crucifijo. El demonio huye del crucifijo.

Se le vence mediante la **“atención vigilante”** del espíritu, el **examen de conciencia** diario y la **pureza de intención** en todas las acciones. También viviendo el **desprendimiento** de las cosas del mundo y el **dominio sobre las pasiones** propias, (porque se clarifica la mente y así se puede discernir qué sugerencias vienen de Dios y cuáles vienen del Maligno).

Estar siempre activo y vivir el **momento presente**, llenando de amor todos los momentos y las acciones más ordinarias y cotidianas. Las **pequeñas victorias** tienen mucha importancia. Por ejemplo, controlar las segundas miradas, callar una palabra inoportuna, neutralizar un mal pensamiento, sonreír sin ganas... Todo esto nos prepara eficazmente para vencer en las tentaciones mayores que puedan venir.

Una santa en la Iglesia ha encarnado insuperablemente esta doctrina del amor en lo pequeño: Santa Teresa del Niño Jesús. Su “caminito” de santidad está hecho para todos, pues no se requieren “grandes” acciones, sino la práctica constante de realizar con amor las menudas acciones de cada día. Esta continua dedicación amorosa a lo trivial constituye un escudo seguro para los “dardos encendidos del Maligno” (Ef 6,16). Nos mantiene en atención constante, requisito esencial para no dejarse engañar por el “mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8,44).

Y podemos añadir como ayuda para vencer al enemigo, insistir en la **dirección espiritual**. Es importante elegir un buen guía o director, que sea persona de profunda vida interior, madurez psicológica y espiritual y que viva una vida cristiana coherente.